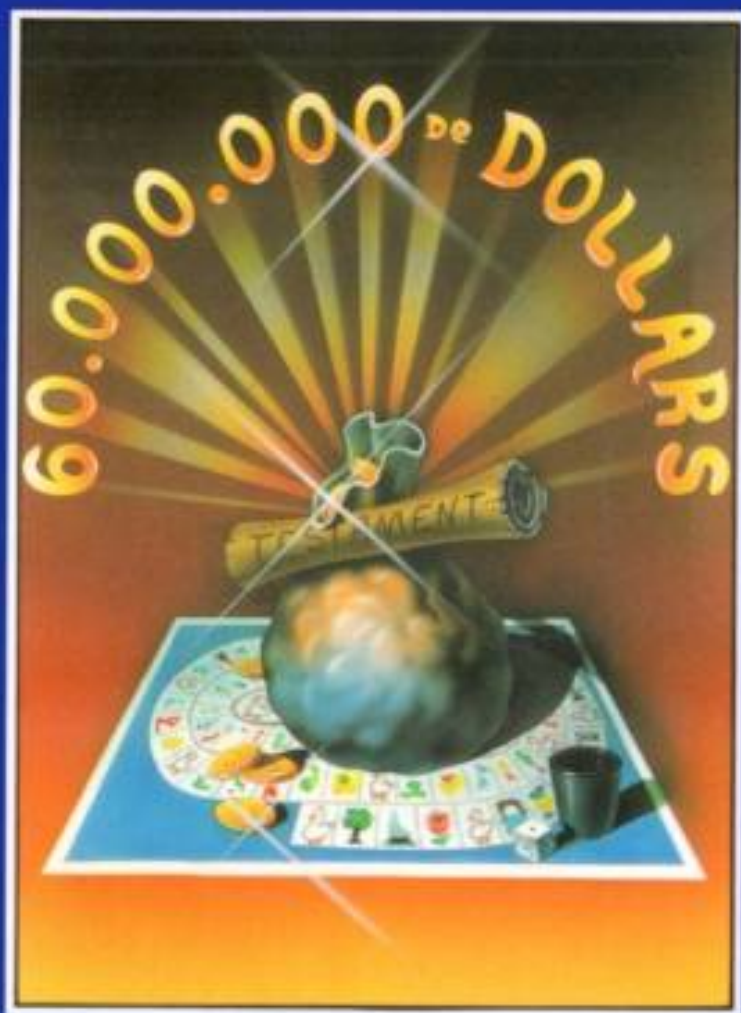


# Julio Verne

## El testamento de un excéntrico



Narra la historia de los sucesos acontecidos tras la muerte de William J. Hypperbone, un solitario miembro del Excentric Club, apasionado jugador del juego de la oca, natural de Chicago y muy adinerado. Este hombre tuvo por última voluntad celebrar unos funerales excéntricos donde debía primar la alegría, la música y la suntuosidad. Además pidió que de entre todos los habitantes de Chicago se sortearan seis personas, las cuales deberían estar en los funerales.

# Volumen I





## CAPÍTULO PRIMERO

### UNA CIUDAD EN PLENA ALEGRÍA

Un extranjero llegado a la ciudad más importante de Illinois en la mañana del día 3 de abril de 1897 hubiera podido, con perfecta razón, considerarse como un favorito del dios de los viajeros. Su agenda se hubiera enriquecido dicho día con notas curiosas, propias para hilvanar artículos sensacionales. Y, de haber prolongado su estancia en Chicago durante algunos meses, hubiera tomado parte en las emociones, la agitación, las alternativas de esperanza y desfallecimiento, la fiebre, en suma, de aquella gran ciudad, que parecía haber perdido el juicio.

Desde las ocho de la mañana, una enorme multitud, siempre en aumento, se dirigía hacia el Barrio Veintidós. Es éste uno de los más ricos, y está situado entre la Avenida Norte y la División Street, siguiendo la dirección de los paralelos, y, siguiendo la dirección de los meridianos, entre North Halstedt y Lake Shore Drive, que bañan las aguas del Michigan. Es sabido que las ciudades modernas de los Estados Unidos orientan sus calles en relación con las longitudes y latitudes, dándoles la regularidad de líneas de un tablero de damas.

Un agente de la policía municipal, que se hallaba de guardia en la esquina de Beethoven Street y North Wells Street, murmuraba:

—¿Es que toda la ciudad va a invadir este barrio? Era este agente un individuo de alta estatura, de origen irlandés, como la mayor parte de sus compañeros, valerosos guardias que gastan la casi totalidad de un sueldo de mil dólares en combatir la inextinguible sed, tan natural a los nacidos en la verde Erín.

—¡Hoy será día de provecho para los rateros! —respondió uno de sus compañeros, no menos robusto que el primero, ni menos sediento e irlandés.

—Sí —afirmó el otro—; es conveniente que cada cual vigile su bolsillo si no quiere encontrarlo vacío al llegar a casa, pues nosotros no nos bastaremos para ello.

—Hoy —continuó el segundo— tendremos bastante trabajo con sólo ofrecer el brazo a las señoras para ayudarlas a cruzar la calle.

—Apostaría a que habrá un centenar de accidentes —añadió su compañero.

En América, afortunadamente, hay la buena costumbre de protegerse uno a sí mismo, sin esperar de la autoridad auxilios que es incapaz de dar.

Y, sin embargo, ¡qué tumulto amenazaba al Barrio Veintidós si solamente la mitad de la población de Chicago se trasladaba a él!

La metrópoli no contaba entonces menos de un millón setecientos mil habitantes, cuya quinta parte había nacido en los Estados Unidos, quinientos mil eran alemanes y otros tantos irlandeses. El resto se componía de ingleses y escoceses en número de cincuenta mil, cuarenta mil canadienses, cien mil escandinavos, bohemios y polacos en igual proporción, amén de quince mil indios y diez mil franceses.

Por lo demás, la ciudad, según ha hecho observar Elíseo Reclus, no ocupa aún todo el territorio municipal que los legisladores le han asignado sobre la ribera del Michigan, o sea, una superficie de cuatrocientos setenta y un kilómetros cuadrados, superficie casi igual a la del departamento del Sena. La población debe, pues, crecer bastante para poblar la totalidad de estas cuarenta y siete mil hectáreas.

Lo cierto es que aquel día los curiosos afluían de las tres secciones que el río Chicago forma con sus dos ramas del Noroeste y del Sudoeste, lo mismo del North Side que del South Side, considerados, por algunos viajeros, el primero como el barrio de Saint-Germain y el segundo como el de

Saint-Honoré de la gran ciudad de Illinois. Tampoco faltaba gente procedente de la parte occidental del ángulo formado por los dos brazos del río, ni los residentes en las miserables moradas de los alrededores de Madison Street y Clark Street, en su mayoría bohemios, polacos, italianos y chinos.



**Chicago - Madison Street, esquina con la Quinta Avenida**

Aquella multitud dirigíase, pues, tumultuosamente hacia el Barrio Veintidós, y las ochenta calles que a él conducen eran insuficientes para encauzar a semejante muchedumbre.

Había personas de todas las clases sociales: funcionarios de Correos y del Federal Building; magistrados de Court House; consejeros municipales de City Hall; personal de ese inmenso parador público del «Auditorium», cuyas habitaciones se cuentan por millares; dependientes de almace-

nes y bazares, como los de «Marshall Field», «Lehmann» y «W. Kimball»; obreros de las fábricas de mantequilla, de excelente calidad a diez centavos la libra; trabajadores de los talleres del célebre constructor Pullmann, llegados desde su lejano barrio del Sur; empleados de la importante casa «Montgomery Ward y Cía»; tres mil obreros de «MacCormick»; los de los altos hornos, donde se fábrica el acero Bessemer; los de las fábricas de «MacGregor Adams», que trabajan el níquel, el estaño, el cinc, el cobre y refinan el oro y la plata; los de las fábricas de calzado, cuyas máquinas están tan perfeccionadas que en minuto y medio pueden confeccionar una botina; y también los mil ochocientos trabajadores de la casa Elgin, que entregan al comercio dos mil relojes por día.



**Chicago - Oficina de Correos en Jackson Street**

Añádase a esta larga relación el personal ocupado en los silos de Chicago, que es el primer mercado del mundo



para los negocios de cereales; y preciso es añadir también los agentes afectos a los ferrocarriles, que, por veintisiete vías diferentes y con más de mil trescientos trenes, dejan diariamente en la ciudad setenta y cinco mil viajeros, y los de los coches de vapor o eléctricos, vehículos funiculares y otros, que transportan dos millones de personas, y, en fin, la población marinera del vasto puerto, cuyo movimiento comercial ocupa diariamente unos sesenta navíos.

Sería preciso estar ciego para no advertir entre la multitud a los directores, redactores y revisteros de los quinientos periódicos diarios o semanales de la Prensa de Chicago, y preciso fuera estar sordo para no oír los gritos de los bolsistas, *bulls* o alcistas y *bears* o bajistas, como si estuvieran anunciando en la Cámara de Comercio o en Wheat Pitt la cotización del trigo. Y en torno de esta muchedumbre se agitaba el personal de los Bancos nacionales o estatales: «Corn Exchange», «Calumet», «Merchants-Loane Trust and Co.», «Fort Dearborn», «Oakland», «Prairie-State», «American Trust and Savings», «Guarantee of North America», «Dime Savings», «Northern Trust Co.», etc.

¿Y cómo olvidar en aquella manifestación pública a los alumnos de los colegios y universidades, Northwestern University, Union College of Law, Chicago School, y tantos otros, y a los artistas de los veintitrés teatros y casinos de la ciudad, tanto los del Grand Opera House como los del «Jacob's Clark Street Theater», los del Auditorium y del Liceo, y al personal de las veintinueve fondas principales, y a los mozos y criados de los restaurantes, bastante espaciosos para recibir veinticinco mil comensales por hora, ni olvidar, en fin, a los tablajeros de «Great Union Stock Yard», que por cuenta de las casas Armour, Swift, Nelson, Morris y tantos otros, sacrifican millones de vacas y cerdos a dos dólares por cabeza? ¿Quién se asombrará, pues, de que la Reina del Oeste ocupe el segundo lugar, después de Nueva York, entre las ciudades industriales y comerciales de los

Estados Unidos, puesto que sus negocios alcanzan la cifra anual de treinta *milliards*?

Sabido es que en Chicago, al igual que en las grandes ciudades americanas, se goza de una libertad tan absoluta como democrática. Allí la descentralización es completa, y, si es permitido el juego de palabras, podemos preguntar: ¿qué movía aquel día a la población de Chicago a centralizarse en torno de La Salle Street?



Chicago - La Salle Street y Cámara de Comercio

¿Era acaso hacia City Hall adónde la población se dirigía tumultuosamente? ¿La impulsaban ansias de especulación acerca de algunas favorables adjudicaciones de terreno? ¿Se trataba de una de esas luchas electorales que apasionan a la multitud, de un mitin donde contendrían los republicanos conservadores y los demócratas liberales? ¿Se trataba de inaugurar una nueva Exposición Universal y recomenzar, a la sombra del Lincoln Park, las solemnes ceremonias de 1893?

No. Se preparaba un acto de distinto género, cuyo carácter hubiera sido profundamente triste si sus organizadores no hubiesen tenido que conformarse a la voluntad del personaje que la disponía, realizándola en medio de la alegría universal.

La Salle Street estaba en aquel momento completamente despejada, gracias a los agentes apostados en gran número en sus dos extremos. El cortejo que se disponía a recorrerla podría, pues, extender sin obstáculos sus olas procesionales.

Aunque La Salle Street no es buscada por los americanos ricos, como lo son las avenidas de La Prairie, del Calumet y de Michigan, donde se construyen opulentas moradas, es, no obstante, una de las calles más frecuentadas de la ciudad. Lleva el nombre de un francés, Robert Cavelier de La Salle, que en 1679 exploró la región de los Lagos.

El espectador que hubiera podido franquear la doble barrera formada por los agentes habría visto, hacia el centro de La Salle Street y en el ángulo de Goethe Street, una carroza tirada por seis caballos, parada ante una casa de magnífica apariencia. Delante de la carroza y tras ella, un cortejo, en buen orden, no esperaba más que la señal para ponerse en marcha.

La primera mitad de este cortejo estaba compuesta de varias compañías de la milicia, vestidas de gala, a las órdenes de sus oficiales, de una orquesta de cien profesores, y

un coro de orfeonistas en igual número, que debía mezclar sus cantos a la orquesta.

La carroza estaba cubierta de tela roja, bordada en oro, y en ella, formadas de diamantes, se leían las letras W. J. H. Veíanse en gran profusión ramos y brazadas de flores, que hubieran sido raras en cualquier otra parte que no fuese una población generalmente llamada Ciudad Jardín. De lo alto del vehículo, digno de figurar en una fiesta nacional, pendían hasta el suelo algunas guirnaldas, que sostenían seis personas, tres a la derecha y tres a la izquierda.

Algunos pasos más atrás veíase un grupo formado por unos veinte personajes, entre ellos James T. Davidson, Gordon S. Allen, Harry B. Andrews, John I. Dickinson, Thomas R. Carlisle, etc., del *Excentric Club* de Mohawk Street, del que era presidente Georges B. Higginbotham, por los miembros de los círculos del *Calumet* de Michigan Avenue, de *Hyde Park* de Washington Avenue, de *Columbus* de Monroe Street, de la *Union League* de Custom House Place, del *Irish American* de Dearbom Street y de los otros catorce clubs de la ciudad.

Sabido es que en Chicago radica el cuartel general de la división del Missouri y la residencia habitual del comandante, y claro es que este comandante, el general James Morris, su estado mayor y la oficialidad de sus oficinas, instaladas en Pullman Building, formaban parte del grupo mencionado. Además, estaban allí el gobernador, John Hamilton, el alcalde y sus adjuntos, los miembros del Consejo municipal, los comisarios administradores del condado, llegados expresamente de Springfield, capital oficial de Illinois, donde están establecidos los distintos servicios, y también los magistrados del Federal Court, que, al contrario de tantos otros funcionarios, no son nombrados por sufragio, sino por el Presidente de la Unión.

Al final del cortejo se codeaban multitud de negociantes, industriales, ingenieros, profesores, abogados, agen-

tes, médicos, dentistas, jueces, procuradores y magistrados.

Con objeto de proteger este grupo final contra la invasión de la multitud, el general James Morris había colocado fuertes destacamentos de caballería, con el sable desenvainado, y cuyos estandartes flotaban a impulsos de una suave brisa.

La extensa descripción de todos los cuerpos civiles o militares, de todas las sociedades o corporaciones que tomaban parte en aquella extraordinaria ceremonia debe completarse con un detalle muy significativo: los asistentes, sin exceptuar uno solo, llevaban una flor en el ojal, una gardenia que les había sido ofrecida por el mayordomo vestido de negro, apostado en la escalera del hotel.

Este hotel había tomado aire de fiesta. Sus bombillas eléctricas resplandecían, luchando con los vivos rayos del sol de abril. Sus ventanas, abiertas de par en par, lucían colgaduras multicolores. Los criados, con librea de gala, se escalonaban en los peldaños de mármol de la escalera de honor. Los salones habían sido dispuestos para una reunión solemne. Los comedores estaban llenos de mesas, sobre las que brillaban los fruteros de plata maciza, la maravillosa vajilla de los millonarios de Chicago y las copas de cristal llenas de vinos exquisitos y de champaña de las mejores marcas.

En el reloj de City Hall dieron las nueve. Algunas charangas sonaron en la extremidad de La Salle Street. Tres hurras, lanzados unánimemente, llenaron el espacio. A una señal del superintendente de policía, el cortejo se puso en marcha con banderas desplegadas.

En primer lugar, de los formidables instrumentos de orquesta se escaparon los compases de la *Columbus March*, del profesor John K. Paine, de Cambridge. Con lentitud y orden efectuóse el desfile, subiendo por La Salle Street. Casi en seguida la carroza se puso en marcha al paso de seis caballos, lujosamente empenachados. Las guirnaldas

de flores se tendieron en las manos de los seis privilegiados, cuya elección parecía deberse a los fantásticos caprichos del azar.

Después, los clubs, las autoridades militares, civiles y municipales, y las masas que seguían a los destacamentos de caballería avanzaron en orden perfecto.

Inútil es decir que las puertas, ventanas, balcones y hasta los tejados de La Salle Street estaban llenos de espectadores de toda edad, de los que la mayor parte ocupaba su sitio desde la víspera.

Cuando las primeras filas del cortejo llegaron al extremo de la calle, torcieron un poco hacia la izquierda para tomar la avenida que conduce a Lincoln Park. ¡Qué inverosímil hormigueo de gente sobre los doscientos cincuenta acres<sup>[1]</sup> de aquel admirable cercado, bañado al Este por las temblorosas aguas del Michigan, con sus alamedas sombrías, sus bosques, su césped, su lago Winston, sus monumentos erigidos en memoria de Grant y de Lincoln, y su departamento zoológico, donde las fieras rugían y los monos brincaban, como si quisieran ponerse al unísono con la popular agitación! Como el parque suele estar desierto durante los días laborables, un extranjero hubiera podido preguntarse si aquel día era domingo... ¡No! Era un viernes, el triste y fastidioso viernes, en que aquel año caía el día 3 de abril.

Pero esto no preocupaba a los curiosos, que cambiaban sus impresiones al paso del cortejo, del que sin duda sentían no formar parte.

—Ciertamente —decía uno—, esto es tan hermoso como la ceremonia inaugural de nuestra Exposición.

—Es verdad —respondía otro—, y vale tanto como el desfile del veinticuatro de octubre en Midway Plaisance.

—Y los seis que marchan junto a la carroza... —exclamó un marinero.

—Ésos volverán con la bolsa llena —añadió un obrero de la fábrica Cormick.